

**ILUSTRACIÓN**

“Si así lo quieres,” respondió Peter. Así que Wendy despertó a sus hermanos. “¡Peter Pan está acá!” dijo Wendy, “¡y nos va a enseñar a volar!”

Peter echó un poco de polvo de hadas sobre cada uno de ellos y les dijo: “todo lo que tienen que hacer es pensar en cosas maravillosas y encantadoras, mover los hombros y dejarse ir.”

En medio minuto los tres pequeños Darling estaban ya volando alrededor de la habitación, las cabezas golpeando contra el techo. “¡Vengan!” gritó Peter. Y todos salieron volando por la ventana.

Este es sólo el principio del cuento. Para leer más sobre las aventuras de los niños en la Tierra de Nunca Jamás, busca en tu biblioteca un libro sobre Peter Pan.

**Cuentos americanos**

América es un gran país con un apetito insaciable para historias sobre grandes hazañas y héroes sorprendentes. Estas historias, llamadas *tall tales*, puede que tengan algo de verdad, pero en su mayor parte presentan hechos con graciosa exageración. Tú debes conocer algunos héroes legendarios, como Johnny Appleseed y Casey Jones (que te presentamos en cuentos del libro de kindergarten de esta serie). Ahora podrás conocer a tres protagonistas más de los cuentos americanos.

**Paul Bunyan**

Cuando era aún un bebé, Paul Bunyan era exageradamente grande. ¿Qué tan grande era? Para que tengas una idea, cuando él estornudaba hacía salir volando a todas las aves, desde Maine hasta California. En una ocasión tuvo un severo ataque de hipo y la gente de los alrededores salía de sus casas gritando “¡Terremoto! ¡Terremoto!”

**ILUSTRACIÓN**

Al crecer se volvió leñador y no existía nadie que pudiera igualarlo cortando árboles. En aquellos tiempos, en que América se expandía hacia el oeste y se estaba construyendo el país, la gente tenía que cortar muchos árboles para hacer sus casas, además de sus escuelas, templos, barcos y muebles.

Paul se hizo un hacha gigantesca, con un mango tallado de un nogal entero. De un solo golpe podía derribar cien árboles. Se dice que una vez, cansado tras un día de arduo

trabajo, caminaba hacia el campamento arrastrando su hacha. Esta hizo una zanja tan profunda que ahora la gente llama a ese lugar el Gran Cañón.

Aún siendo tan alto y todo, algunas veces se sentía muy solo, pues en los alrededores no había nadie de su tamaño. Pero llegó el Invierno de Nieve Azul. Se le llamaba así porque era tan frío que hasta la nieve tiritaba y se ponía azul. Un día, mientras Paul caminaba a través de la ventisca azul, vio dos cosas grandes, peludas, de color azul, que se asomaban por encima de la nieve. Se acercó y las haló. ¡Resultó que eran dos grandes orejas azules, que pertenecían a un cachorro de buey azul gigante!

Paul llevó a su casa al animal, que estaba casi congelado, lo envolvió en mantas y le dió de comer. Cuando el bebé buey alzó la cabeza y le lamió amistosamente la cara a Paul, éste se rió y dijo: “Babe, ¡vamos a ser grandes amigos!”

Y así lo fueron. Babe creció y se hizo tan grande, que si te hubieras parado junto a sus patas delanteras, hubieras necesitado un telescopio para poder ver sus patas posteriores. A todos los lugares donde iba Paul, desde Minnesota hasta Oregon y de regreso, Babe iba también. Paul cortaba los árboles y Babe llevaba los troncos hasta los ríos, donde los descargaba para que flotaran hacia los aserraderos.

Un día, Paul le dijo a Babe: “Lo que se necesita en este país es un canal que corra por el centro para que por allí floten los troncos.” Fue así que Paul empezó a cavar, arrojando gran cantidad de rocas y tierra hacia la izquierda y hacia la derecha. En un lado hizo las Montañas Rocosas y en el otro lado los Montes Apalaches. Al terminar, Babe ladeó un gigantesco cubo de agua para llenar el canal, formando así el Río Mississippi.

Dondequiera que hubiera leña que cortar, Paul y Babe estaban listos para trabajar. Dice la gente que el último lugar en el que fueron vistos fue Alaska, donde aún se puede oír el eco de Paul gritando: “¡T-i-m-b-e-r!”

## **Pecos Bill**

Esta es la historia del vaquero más grande que jamás haya existido, llamado Pecos Bill.

Un día, cuando Bill era aún un bebé, su Pa vino corriendo hacia donde estaba su Ma, gritando “¡Empaca todo lo que tenemos, Ma! Hay unos vecinos que se han mudado como a unas cincuenta millas de acá y ya esto se está llenando demasiado.”

Así que Ma y Pa cargaron en una carreta cubierta todo lo que tenían y partieron hacia el oeste. El viaje fue largo, caluroso y duro. Los niños—dieciocho en total—iban en la parte de atrás y hacían tanta bulla y alboroto, que según decía Ma, no se podían oír ni los truenos.

Un día el vagón tropezó con una piedra grande y el bebé Bill se cayó de éste. Con todo el alboroto y la bulla, nadie se percató. La carreta siguió andando y dejó atrás a Bill, quien se encontró de pronto sentado en la tierra, en algún lugar cerca del Río Pecos en Texas. Por eso se le llamó Pecos Bill. Pero eso fue después.

El Pequeño Bill era recio. No lloró, sino que se puso a gatear por la polvorienta

pradera, aguzando la vista para ver lo que había alrededor. Y lo primero que apareció fue un coyote.

Cuando el coyote vio a esa criatura sucia y desnuda gateando en cuatro patas, pensó que se trataba de un encantador animalito, aunque con las orejas muy pequeñas. El Pequeño Bill se levantó y le dió una palmadita en la cabeza al coyote, diciéndole “Perrito.”

Al perro, o mejor dicho al coyote, le gustó tanto Bill que lo llevó a su guarida y allí creció el niño, entre los coyotes. Aprendió de ellos a vagar por la pradera y a aullar en las noches de luna. Le enseñaron también los secretos de la caza, y a brincar como un antlope y correr como el viento. Le enseñaron a quedarse tan quieto, que parecía casi invisible. Aprendió además a mantenerse a prudente distancia de las serpientes cascabel.

Y así fueron pasando los años, dieciocho para ser exactos, al cabo de los cuales Bill había crecido fuerte y saludable. Un día estaba jugando con unos perros de la pradera, cuando vio la cosa más sorprendente. Parecía ser un animal grande con cuatro patas, ¿o eran seis patas? ¿Y por qué tenía una cabeza delante y otra arriba?

Bueno, eso que vio Bill era en realidad un caballo con un hombre que lo montaba. Bill corrió un poco alrededor del caballo, luego, lentamente se incorporó y olfateó la bota que el hombre llevaba puesta. “¡Levántate!” le gritó el hombre. “Tú eres un hombre, no un coyote.” Pero Bill lo negó con la cabeza. El hombre trató de hacerlo entender a Bill, pero dijera lo que dijera, Bill sólo lo negaba con la cabeza. Entonces el hombre le dijo: “Bueno, señor Sin-Ropa, si tú eres un coyote, entonces ¿dónde está tu cola larga y peluda?” Bill miró alrededor, y por supuesto, no halló ninguna cola. Así que, viendo la triste realidad de que no era un coyote sino un humano, Bill se fue con el hombre, que resultó ser un vaquero llamado Bowlegs.

Al principio Bill pensó que podía seguir siendo un coyote. No soportaba el roce de la ropa sobre su piel y la forma como las botas se interponían entre sus pies desnudos y la agradable tierra. Además, no entendía por qué tenía que usar tenedor y cuchillo, cuando podía coger la carne con los dedos y cortarla con los dientes.

Un día, Bowlegs le dijo a Bill: “Si vas a ser un vaquero, necesitas un caballo. Vamos al pueblo a comprar uno.” Camino al pueblo vieron una manada de mustangs salvajes corriendo a través de la pradera. Uno de ellos saltaba, se encabritaba y pateaba. “¡Ese es el caballo para mí!” exclamó Bill.

“¡Espera!” gritó Bowlegs. “Ese es muy salvaje. Te va a patear la cabeza.” Pero Bill saltó al lomo del caballo y lo sujetó fuertemente. El caballo se encabritó tanto que empezó a dar volteretas, pero no pudo arrojar a Bill. Fue así que Bill y su caballo, a quien llamó Widow-Maker, se convirtieron en grandes amigos. Pero no vayas a pensar que el caballo se amansó, ¡no señor! No había ningún vaquero en los alrededores que pudiera montarlo.

Muy pronto Bill enseñó a los vaqueros algunas formas nuevas de hacer las cosas. Les enseñó, por ejemplo, a usar una soga con un lazo en un extremo y montando un

caballo, girar el lazo y arrojarlo sobre la cabeza de una vaca que estuviera corriendo, para dominarla; de inmediato. Así es como se enlaza una vaca. Les enseñé cómo mantener juntas a todas las vacas de una gran manada en vez de dejarlas correr desordenadamente por el campo. Incluso les enseñé a cantar canciones de vaqueros alrededor de la fogata por las noches, con una voz que parecía el aullido de un coyote solitario.

De pronto se produjo una terrible sequía. No llovía, el sol calcinaba y Texas se volvió una tierra más seca que una hoja muerta en el fuego. Los caballos y las vacas se empezaron a arrugar como si fueran pasas. Entonces Bill saltó sobre Widow-Maker y cabalgó hasta cerca de Oklahoma. Allí el cielo estaba casi negro, los truenos rugían y caían los rayos. Bill se encontró frente al gigantesco y oscuro embudo de un tremendo ciclón. Bill sacó un lazo super largo, le dió un fuerte giro y ¡bingo! logró enlazar al ciclón. Luego saltó sobre la espalda del ciclón, ajustó bien la cuerda y así lo llevó hasta Texas, exprimiendo el agua a todo lo largo del camino.

### ILUSTRACIÓN

De esa manera las vacas y los caballos pudieron tener el agua que necesitaban y Bill pensó que no se había divertido tanto desde el día en que montó por primera vez a Widow-Maker.

## John Henry

*Existen muchas historias, así como muchas canciones, sobre John Henry. Una canción que cuenta una historia se llama balada. Esta es una versión familiar de la balada de John Henry, y muestra cómo, mientras América se expandía hacia el oeste, nuestro país llegó a confiar cada vez más en las nuevas máquinas, incluyendo el ferrocarril. Aunque el ferrocarril ayudó al país a crecer, a no todos les gustaba ésta u otras nuevas máquinas. Como verás, la historia de John Henry es el relato de la aguda confrontación entre un hombre—John Henry, quien martillaba los clavos del ferrocarril—y una máquina, el taladro de vapor.*

Esta balada cuenta la historia de John Henry, quien se resistió a aceptar que su trabajo de clavar duros clavos de acero en las vías del ferrocarril, pudiera ser reemplazado por una máquina. Siendo aún un bebé cogió un martillo y un pedacito de acero y presagió que ese martillo sería su muerte. Así sucedió; años después insistió en competir con la máquina y siempre él lo hizo mejor. Sin embargo, su esfuerzo fue tan inmenso que terminó por matarlo.

### ILUSTRACIÓN